

*Georgia: pasado, presente y futuro*

por *Ilia M. Tabagua*  
(*Academia de Ciencias de Georgia*)

Debo ante todo expresar mi gratitud a la Universidad de Valladolid por haberme invitado a hablarles de mi país, aunque me consta la dificultad de hacerlo en tan breve espacio de tiempo. Situado en la parte occidental del istmo caucásico, en la confluencia de dos continentes -Europa y Asia- ha sido desde la más remota antigüedad tierra de paso, atravesada por las más importantes rutas militares y comerciales. Romanos, árabes, turcos-selyúcidas, mongoles, turcos otomanos y persas han disputado su territorio, deseosos de sus fértiles campiñas. Pese a todo, Georgia jamás perdió por completo su libertad. Cuando la parte oriental quedaba ocupada por los invasores, la parte occidental mantenía su independencia y viceversa, afirmándose así hasta el presente la identidad del pueblo georgiano.

En la actualidad Georgia tiene un territorio más reducido del que tuvo en otros tiempos: limita al Norte con la cordillera del Cáucaso, con la República del Azarbaidjan al Sudeste y con las Repúblicas de Armenia y de Turquía al Sur. Su frontera occidental la constituye el litoral del Mar Negro. Los paisajes de Georgia son hermosos. En su pequeño territorio (cerca de 70.000 kilómetros cuadrados) conviven los subtropicales de exuberante vegetación y las nieves perpetuas de las altas montañas. Los georgianos, pueblo antiquísimo, de lengua, escritura, costumbres y tradiciones autóctonas, residen en su actual asentamiento desde hace, por lo menos, cuatro o cinco milenios. Los restos humanos descubiertos en las cavernas de Imerethi (Georgia occidental) indican que la existencia del hombre en este país, se remonta a una época todavía más remota. En época histórica, las fuentes asirias y griegas (leyenda de los Argonautas, Heródoto, Estrabón), así como los historiadores romanos nos permiten conocer la existencia de dos reinos, el de Colcos (la Cólquide, en las riberas del Mar Negro al Occidente), y el de Iberia en la Georgia oriental. Este último nombre con el que es conocido nuestro país en la Europa occidental, procede del griego (georgós significa «labrador»), en tanto que el nombre de Gruzia con el que la denominan los rusos procede del persa Gurk «lobo», alusivo a los gorros de piel de este animal que protaban los primitivos habitantes de nuestro territorio. Y a través del persa se ha generalizado en todo el Oriente llamar a los georgianos gurgzi y Gurdzistán a su territorio. En

georgiano, sin embargo, el nombre del país es Sakarthvelo (literalmente, «lugar donde viven los georgianos», el prefijo sa- y el sufijo lo- designan lugar en donde, karthveli «georgiano»).

Descontadas las relaciones comerciales de los griegos con la Cólquide, Georgia entra en la historia de Occidente en los siglos II y I antes de Cristo, a raíz de la derrota de Mitrídates VI Eupátor, Rey del Ponto, por las legiones romanas de Lúculo, seguida por la conquista de este reino, la de los reinos aliados de Armenia y Albania, y la derrota del Rey de Iberia Artag I por Pompeyo, con la ulterior ocupación por éste de la Cólquide. Pero la derrota no significó la anexión de Georgia al imperio romano. Los reyes de Iberia conservaron siempre su independencia en calidad de aliados y de amigos de Roma. La Cólquide, en cambio, sufrió un mayor proceso de asimilación al mundo cultural del Imperio romano de Oriente, lo que luego sería Bizancio. Así, por ejemplo, en la ciudad de Fasis existió en la baja Antigüedad un importante centro cultural donde no sólo estudiaban retórica y filosofía los jóvenes del país, sino incluso griegos venidos de lejos como el retor Libanio (siglo IV después de Cristo). De la segunda mitad del siglo V data la fundación de Tiflis, en georgiano Tbilisi, que significa «lugar templado» (de thibili «templado» y si «lugar») por el gran monarca Vakhtang Gorgasali, que hizo de ella la capital de su reino.

La vida pacífica de los estados georgianos se vio perturbada por las invasiones de pueblos belicosos, como los árabes y los persas. Desde el siglo VII al XI Georgia quedó sometida al yugo árabe, del que al fin pudo librarse con no pequeño esfuerzo. Como dos columnas de la cristiandad, la península ibérica en Occidente y Georgia en Oriente impidieron la expansión del islam en Europa. Pero el calvario del pueblo georgiano estaba destinado a prolongarse a lo largo de los siglos. Uno de los períodos más aciagos de la historia de Georgia fue el de la invasión turcomana. Fue el rey David IV el Constructor (1089-1125), sabio gobernante y excelente militar, quien dirigió la guerra libertadora contra el «gran yugo turco». En la batalla de Didgori infligió tan severa derrota a una coalición de soberanos musulmanes, que los selyúcidas perdieron no sólo Georgia, sino también la mayor parte de la Transcaucasia. Vinieron después años de paz y prosperidad para Georgia, que se extendía a la sazón del Mar Negro al Mar Caspio, del Cáucaso Septentrional al Azerbaidzan persa y Erzerum. Los siglos XI y XII son también los de un espléndido florecimiento cultural en la ciencia, en la literatura, en las letras sagradas, y en el arte. Los monasterios, focos de irradiación de este resurgir georgiano, se multiplican en Jerusalén, en Grecia, Siria y Bulgaria. Junto con tratados -originales o traducidos- de astronomía, astrología, medicina y jurisprudencia, esta época nos ha legado una obra maestra de la literatura universal, el poema de Shotha Rusthaveli, el caballero de la piel de tigre, con su canto a los más altos valores humanos -el amor, la amistad, la valentía- y su elevado concepto de la mujer, todo lo cual representa un anticipo considerable del humanismo georgiano con respecto al humanismo occidental.

Del siglo XIII datan las relaciones de Georgia con el Vaticano, aunque el primer contacto hubiera tenido lugar en el siglo VI, cuando el papa San Gregorio Magno (590-604) escribió una carta al episcopado de iberia en 601. A comienzos del

siglo XIII, el papa Honorio III escribió una carta al rey de Georgia Lasha Guiorgui, instándole a participar en la Cruzada. Muerto éste en 1223, la correspondencia entre Roma y la monarquía georgiana continúa entre la reina Rusudan y los papas Honorio III y Gregorio IX, pidiendo aquélla ayuda contra los agresores, y presionando los pontífices para la unión de las iglesias.

A finales del siglo XV el reino de Georgia, en una evolución histórica diferente de la seguida por las grandes naciones europeas occidentales, se rompe en pequeños reinos y principados que hacen del país presa fácil de las ambiciones de los dos grandes imperios musulmanes vecinos: el otomano al Oriente y el de la Persia Safávida al Occidente. Para desgracia del pueblo georgiano, las constantes guerras entre ambos imperios en los siglos XVI y XVII (que recuerdan la ferocidad de la reciente contienda entre el Irán y el Irak), la someten a periódicas invasiones de un lado y de otro con un efecto devastador en su campiña, en sus ciudades y en su población. El genocidio y las deportaciones masivas llevadas a cabo por el shah Abbas I de Persia entre 1614 y 1617 figuran en las páginas más sombrías de la historia universal. Es en este triste período, cuando los reyes georgianos ponen su mirada en Occidente, solicitando desesperadamente ayuda, sobre todo de los Reyes de España, a la sazón los monarcas más poderosos de la tierra, y que, desde la unión de las dos coronas peninsulares en la persona de Felipe II, eran vecinos de Persia en la isla de Ormuz, en manos portuguesas desde comienzos del siglo XVI.

Es este un capítulo de la historia de España y de la propia Georgia prácticamente ignorado hasta hace muy poco y que han dado a conocer las investigaciones del Profesor Luis Gil y las mías propias en el Archivo de Simancas y en el de la Corona de Aragón. En 1492, después de la toma de Granada, los Reyes Católicos despacharon un delegado a Jerusalén a comunicar la noticia. Por su parte, ese mismo año, el rey de Iberia Constantino II (1478-1505) había enviado un embajador al soldán de Egipto, en busca de una alianza contra el turco. A su regreso coincidió en Jerusalén con el emisario de los monarcas españoles por el que se enteró de la expulsión definitiva de los árabes de la península Ibérica. El embajador georgiano se lo llevó consigo a Georgia y, en la esperanza de que la España victoriosa estuviera en condiciones de socorrer a su reino, el Rey Constantino envió con él a dos delegados suyos, Fray Nilo y Fray Zacarías, con cartas para los reyes españoles y para el romano pontífice. Constantino proponía a los monarcas españoles la organización sin demora de una expedición marítima para liberar Constantinopla del dominio turco, comprometiéndose por su parte a poner en la empresa todas sus fuerzas. Los reyes le contestan cortésmente exhortándole a perseverar en su resistencia contra el infiel y le avisan de que su proyecto es proseguir la lucha contra el islam en tierras africanas. Constantinopla y Georgia quedaban sin duda muy lejos de los dominios españoles e italianos de los monarcas españoles.

Fue ésta la primera llamada infructuosa de los iberos de Asia a los iberos europeos. A lo largo del siglo XVI y a comienzos del siguiente los contactos diplomáticos se renovarían. Muerto en 1558 Luarsab I de Karthli (Iberia) en el campo de batalla contra los persas, le sucedió en el trono su hijo Simón I (1558-1599), quien

prosiguió defendiendo la independencia de su reino contra los turcos y los persas, hasta caer prisionero de éstos últimos gracias a la traición de su hermano, Daud Khan, renegado al islamismo. Liberado en 1577 a condición de no alzarse jamás en armas contra Persia y unir sus fuerzas a las del shah para luchar contra la Sublime Puerta, recuperó su trono y mantuvo una activa política exterior, siempre en busca del apoyo de los monarcas europeos, enviando embajadas al emperador Fernando II, al príncipe de Transilvania, y a Felipe II de España. De estos contactos diplomáticos con la monarquía española que han sido objeto de estudio independientemente por mi parte y por el Profesor Gil no voy a hablar por razones obvias de modestia.

Simón de Karthli terminó por caer en manos del turco y murió en prisión en Constantinopla el 1612. No menos apurada era por entonces la situación de Kakheti (Georgia Oriental) sobre la que pesaba la amenaza persa. En 1605 el rey de Kakheti Alejandro II (1575-1605), a instigación del shah Abbas I murió asesinado por su propio hijo Alejandro Constantino, converso al islamismo. Pero los nobles y el pueblo de Kakheti, bajo la dirección de la reina Keteván, se sublevaron y dieron muerte a Constantino. Al shah Abbas no le quedó otro remedio sino reconocer en 1606 como sucesor en el trono de Kakheti a Tehimuraz I de religión cristiana, nieto de Alejandro, hijo de Keteván. Ese mismo año el shah Abbas también confirmó en Karthli como sucesor del trono a Luarsab II (1606-1615).

Pero el designio del persa era el de ocupar la Georgia Oriental, trasladar los georgianos a Persia y establecer en Georgia súbditos suyos persas. Llegado el momento oportuno, cuando firmó la paz con Turquía, dirigió sus fuerzas contra Georgia. Ni Karthli, ni Kakheti podían resistir la enorme superioridad del enemigo y el Consejo Real de Kakheti decidió enviarle una embajada, mientras se hallaba acampado en Gangza, encabezada por la propia reina Keteván. Y allá se encaminó ésta acompañada de sus nietos, los dos hijos pequeños de Tehimuraz. En un principio Abbas la despidió, aparentemente convencido por sus razones, pero después cambió de parecer y la apresó con su séquito. Confinada primero en la fortaleza de Ashraf y después en Shiraz con sus nietos, murió en 1624 tras sufrir un horrendo tormento. En Shiraz estaba cuando llegó a esta ciudad don García de Silva y Figueroa, embajador español de Felipe III al monarca persa, quien por cierto se negó a visitarla, pese a las reiteradas invitaciones de la reina, por no herir las susceptibilidades del shah. Sus reliquias las pudieron recoger, desenterrándolas furtivamente, unos agustinos portugueses, para quienes la reina Ketevan fue una verdadera mártir. Las diversas fases de su tormento fueron pintadas con gran fervor en azulejos que pueden contemplarse en el Convento de Graça de Lisboa. No mejor suerte les aguardaba a los hijos de Tehimuraz. Emasculados por orden de Abbas en 1620, uno murió de resultas de la castración y el otro perdió el juicio.

Los reyes Luarsab y Tehimuraz abandonados de los suyos buscaron refugio en el reino de Imerethi en las riberas del Mar Negro. Luarsab, atraído con engaño, a la corte del shah, como se negara a abrazar el islamismo, fue ejecutado en 1622. Theimuraz, en cambio, con increíble energía continuó la lucha contra el persa, perdiendo y recuperando alternativamente sus estados, hasta el final de sus días. En

noviembre de 1626 envió a Europa como embajador suyo al monje basilio Nikiforé Irbakhi con cartas para el rey de España, Felipe IV, y para el papa. Su misión plantea serios problemas que están siendo discutidos por mí y el Profesor Gil. La carta en georgiano que portaba el embajador contenía una petición de ayuda contra Persia, que a la sazón estaba en muy malas relaciones con la monarquía española por haberse apoderado de la isla de Ormuz, lo que suponía un golpe mortal al comercio portugués en el Golfo Pérsico. Pero en la traducción al castellano que se ofreció al monarca y al Consejo Real en lugar de Persia figuraba Turquía. El traductor de la misiva, un humanista griego de la diáspora que entonces enseñaba en la Universidad Complutense, en su afán de que el rey de España liberase a sus compatriotas del yugo turco, llegaba a ofrecer en nombre de Tehimuraz nada menos que la «silla imperial de Bizancio» al rey católico, si transportaba con su escuadra el ejército del rey georgiano desde la orilla asiática del Bósforo a la europea donde se asienta Constantinopla.

Mayor fruto que en España consiguió Irbakhi en Roma donde fue recibido por el papa Urbano VIII. Su gestión sirvió para que el romano pontífice enviara una misión de teatinos a Georgia, que con el tiempo desempeñó una importante labor cultural y misional. Ya en 1629 Stefano Paolini publicó en Roma un Dittionario giorgiano-italiano con la ayuda de Nikiforé Irbakhi. Y en 1643 Dom Francesco Maria Maggio publicó en Roma una gramática de la lengua georgiana. El interés de Occidente por Georgia comenzaba así a corresponder a la vocación decididamente cristiana y occidentalista de Georgia.

La premura de tiempo nos obliga a trasladarnos ya al siglo XVIII. La historia parecía repetirse en las desdichas de los reyes y del pueblo de Georgia. Vakhtang VI, invitado a Persia por el shah Husein con el pretexto de confirmarle como rey de Karthli, fue apremiado a renegar de su fe y abrazar el islamismo por el monarca iraní. Como se negara a obedecer, el shah le retuvo en Persia y mandó como rey a Georgia a su hermano Iese que se había hecho musulmán. Vakhtang envió entonces un emisario suyo a recabar la ayuda del papa y el rey de Francia para que lo instalaran de nuevo en el trono georgiano conservando su fe. El embajador fue esta vez una persona muy conocida, el príncipe Sulkhan-Saba Orbeliani. En la segunda mitad de marzo de 1713 el príncipe Orbeliani llegó a París y fue recibido con buenas palabras por Luis XIV. También en Roma escuchó palabras de aliento del papa Clemente XI. Orbeliani partió de Roma bien impresionado y estuvo esperando en Constantinopla la decisión y la respuesta del monarca francés. Pero Luis XIV murió y todo el proyecto se vino abajo.

Una experiencia de siglos demostraba que bien poca ayuda podía esperar el pueblo georgiano de sus hermanos de fe del Occidente. Mientras tanto la amenaza mahometana, en su variante sunnita en Turquía y en su variante chiita en Persia, subsistía. En 1783, visto el fracaso de sus gestiones con los monarcas europeos, el rey de la Georgia oriental (Karthli y Kakhethi) Ereclé II firmó con Rusia un tratado de protectorado, en virtud del cual ésta se encargaba de sus relaciones exteriores y de defenderla en caso de una agresión. Pero Rusia incumplió sus obligaciones. Valga un solo ejemplo de ilustración: en 1795 no ayudó a Georgia cuando el shah de Persia

Mahmad Khan entró a saco en la Georgia Oriental, destruyendo una vez más Tiflis. La falsa apariencia de independencia se esfumó en 1801, al ocupar las tropas rusas la parte oriental y poco después la totalidad de Georgia. Durante 117 años quedó incorporada al imperio ruso, hasta la revolución bolchevique de 1917 que le permitió sacudirse del yugo de la dominación extranjera. El 26 de mayo de 1918 proclamó su independencia, y más de 20 países, entre ellos Francia, Inglaterra, Italia, Bélgica y la mismísima Rusia soviética reconocieron a la joven nación. Pero aquel sueño de libertad y aquella euforia duraron bien poco. En febrero de 1921 el ejército rojo invadía Georgia y en tres semanas culminaba su ocupación. El gobierno legítimamente establecido emigró a Francia.

Incorporada a la Unión Soviética, pagó un inmenso tributo de sangre en la Segunda Guerra Mundial. Pero las ansias de libertad del pueblo georgiano no desaparecieron. Con el proceso de descomposición de la Unión Soviética el pueblo georgiano ha vuelto a ser dueño de su destino. El 28 de octubre de 1990 se celebraron elecciones libres en las que pudieron participar muchos partidos políticos. Obtuvo la victoria la coalición denominada «Mesa redonda-Georgia libre». En marzo de 1991 se celebró un referéndum sobre los vínculos de unión con la llamada Comunidad de Estados Independientes. El 98 por ciento de los electores votó por la total independencia. Como Presidente de la República fue elegido Zviad Gamsajurdia, que, acusado de abuso de poder, fue derrocado en 1992. Tomó el poder supremo el Consejo de Estado, con el Presidente Eduard Shevardnadze.

La embriaguez de libertad que se apoderó del pueblo georgiano ha conducido a excesos reprobables, dándose fenómenos de insumisión y tentativas separatistas en algunos regiones de Georgia, en particular en la parte occidental, en Abjacia y Mengrelia, y en el interior, en Karthli, en la llamada Osetia del Sur. Pero un exámen objetivo y desapasionado de la situación permite ver que las actuales dificultades no son insuperables. La población de Abjacia, región que recibirá un régimen autónomo, es en un cincuenta y siete por ciento georgiana y sólo un diecisiete por ciento es de origen abjacio. Diferente es el caso de la llamada Osetia del Sur, en la que se han instalado desde el siglo XVII osetianos procedentes de la Osetia del Norte, en la otra vertiente del Cáucaso, región autónoma de la confederación rusa. Aunque se respetará el derecho a residir en territorio georgiano a los osetianos, no se le dará a éste un régimen de autonomía. Confiamos en Dios, con esperanza vivimos de que las dificultades económicas y políticas pronto hallarán su solución. El pueblo de Georgia, víctima a lo largo de la historia de tantos atropellos e injusticias, bien merece vivir en paz y en libertad en el concierto de las naciones.